

Salut Bernard!

por Juan Antonio Hormigón



Coloquio sobre los problemas de la recepción internacional de Brecht en el marco de los Diálogos Brecht, 1978, en la sala de ensayos del Berliner Ensemble. El segundo por la derecha es Bernard Dort.

Le conocí a mediados de los sesenta, cuando yo era un joven estudiante en el Centre Universitaire International de Formation et Recherches Dramatiques (C.U.I.F.E.R.D.) de Nancy. Aquel curso 64-65 fue para mí una experiencia nueva, intensa y apasionante. Viendo de la España franquista, asfixiante, cerrada, opresiva y ominosa, aquella sociedad francesa conservadora y pacata, que propició poco después la turbulenta sesentaiochista, nos parecía un espacio benéfico, estimulante y enriquecedor. Vivir en una sociedad con partidos políticos, sindicatos y asociaciones de todo tipo; librerías con libros que nos había sido vedado leer, cines con películas prohibidas para nosotros, teatros con un repertorio amplio y variado, debates y seminarios sobre temas diversos, suponía el delirio de las libertades cívicas y la apertura cultural para un muchacho nacido bajo la dictadura que asolaba nuestro país.

En aquel curso tuvimos como profesores a gentes tan ilustres como Arthur Adamov, Mario Baratto, Denis Bablet, Jack Lang, Paolo Grassi, Antoine Vitez, Jean Marie Villegier, Robert Marrast, Fraçoise Kourilinski y otros más. Bernard Dort, con su curso monográfico sobre el teatro de Brecht distribuido a lo largo de todo el año, adquirió sin duda una consideración muy particular. En aquella vorágine de experiencias nuevas, de poder hablar y de

batir con personalidades que admirábamos, la continuidad, el hilo conductor fue asumido siempre por Villegier, nuestro jefe de estudios, pero también por Dort, cuya presencia cada semana constituía una cita esperada y deseada.

Durante mi estancia en Nancy, Dort fue un maestro extraordinario que en algunas ocasiones nos sentaba a su mesa, en donde la conversación proseguía aderezada con lecciones prácticas sobre el buen comer y beber en lo que siempre fue un avezado experto.

Desde mucho antes, nuestro maestro fue impulsor y analista de los profundos cambios teatrales que se estaban produciendo en Francia y buena parte de Europa. Como miembro del consejo de redacción de la revista *Théâtre Populaire* desarrolló una intensa actividad crítica y de difusión de la dramaturgia brechtiana que había sido descubierta en Francia con ocasión de la primera gira del Berliner Ensemble a París, en 1954. Su incansable labor se fue acumulando a lo largo de años a través de sus colaboraciones en revistas especializadas, *Travail Théâtral* y *Théâtre Public* en particular, participación en cursos, seminarios, encuentros, congresos, así como una importante contribución pedagógica desde su cátedra en el Instituto de Estudios Teatrales de la Sorbona. Buena parte de esta importante actividad se resume en algunos de sus libros: *Lectura de Brecht y Teatro y sociología*, traducidos al castellano, junto

a otros como *Corneille dramaturge, Théâtre Public y Théâtre réél*.

Después de Nancy, volví a ver a Dort en diferentes circunstancias y momentos. Para entonces era ya un amigo con el que mantenía una correspondencia ocasional que se compensaba con largas conversaciones cuando nos encontrábamos. No siempre las circunstancias eran benévolas. Nuestra coincidencia en París, en Berlín, en Granada o en Madrid, fue ocasión para otras tantas pláticas en que los recuerdos se conjugaban con referencias a la actualidad política y como siempre al teatro.

Nos encontramos por última vez el pasado otoño en Vicenza, con ocasión de uno de los múltiples encuentros que se produjeron durante el Bicentenario de Goldoni. Nada me hizo sospechar que sería la última vez que le viera. Durante tres días tuvimos ocasión de conversar sobre todo lo habido y por haber, recordar a viejos amigos comunes y disfrutar las exquisiteces de la cocina italiana. Bernard fumaba incansablemente sus «toscani» cortados, que le servían en París en un «tabac» cercano a su casa y defendía enérgicamente los derechos del fumador. En un momento dado, hablando de aquel año de Nancy, me dijo: «Te recuerdo muy bien; eras un estudiante muy activo e inquieto, aunque más delgado que ahora. ¿Sabes?: Yo estaba bastante nervioso porque también era mi primer curso en la universidad». Era la primera vez que me lo decía y aquel rasgo de confesión íntima me conmovió en cierto modo.

Cuando nos despedimos creí que nos veríamos pronto, quizás en Venecia o en Estrasburgo, donde iban a celebrarse las sesiones finales del Bicentenario Goldoni en Italia y Francia. Sólo hace unos días, Georges Banu nos anunciaba en un comunicado lacónico que nuestro viejo maestro Bernard Dort había desaparecido. De repente se me vinieron encima todos los recuerdos, las imágenes fugaces, los debates, las sutiles ironías que empleaba para hablar de ciertas cosas. Su cara de niño grande con sus ojos siempre avisados tras sus permanentes gafas de concha... Después se hizo el silencio. El viejo maestro nos había dejado. Pregunté: «¿A causa de qué?» Cuando me lo aclararon cerré el libro ajado de las pérdidas irresolubles y sólo dije: «Salut Bernard!».